

Recuerdo Subconsciente

Autor: Christian Carbajo García

Abandonan, primero uno y luego el otro, la habitación del hotel. Una escena coloreada con rojo oscuro mezclado con marrón y ribetes grises azulados quedaría grabada a fuego en sus cabezas. La clave estaba ahí, aunque los ojos no querían verla. Un saludo entre desconocidos, una banal conversación, un beso distraído. Todo estaba ahí horas antes de que él llegara a la habitación y los matara para luego unirse a ellos.

Lucía y Miguel ya habían testificado ante el comisario, fueron los primeros en ver la escena, pero no los primeros en llamar a la policía, ni los primeros en gritar al ver los cráneos de sus dos amigos, aplastados contra el suelo.

—Takeo, llévalos con Carla, necesitan hablar con alguien. —Ordenó el comisario a uno de sus agentes. Takeo era tan alto como para coger un libro de la balda más alta de una estantería sin necesidad de ponerse de puntillas. Su mandíbula era afilada, aún sin desarrollar completamente, de cuerpo delgado y ojos rasgados que se escondían tras unas gafas cuadradas con patillas marrón oscuro.

—A la orden comisario. —dijo inclinándose. El comisario sonrió. Hacía poco que lo habían trasladado desde las islas japonesas a la península ibérica y aunque la Tierra ya llevaba dos siglos unificada, las costumbres nunca se olvidan. Al comisario siempre le había gustado más la forma de actuar asiática que la occidental, aunque a veces la viera un poco rígida. —Seguidme por favor.

Carla estaba sentada en el furgón mirando su tablet. Levantó la cabeza y sonrió a los dos cuerpos sin alma que seguían a Takeo en el más absoluto silencio.

—Gracias Takeo. —Este saludó inclinando su cuerpo y volvió con el comisario dejando a la pareja bien acompañada.— Soy Carla, la psicóloga de la policía metropolitana de Lisboa. —Dejó que masticaran la información y continuó—. Contadme todo lo que pasó, lo que podáis. —Miguel miró a Lucía que rompía a llorar al fin. Él también reaccionó dejando escapar las lágrimas, pero apretó el puño izquierdo clavándose las uñas y se decidió.

—Llegamos ayer...los cuatro. Estábamos muy contentos de poder disfrutar unas vacaciones juntos. Lisboa nos pareció un lugar maravilloso para pasar una semana...aunque...—sorbió con la nariz —perdón...vinimos directos desde el aeropuerto. Dejamos las maletas y fuimos a visitar el túmulo de Luis Camoes. Volvimos después de comer para recoger las tarjetas de las habitaciones e instalarnos.

—El hotel solo deja hacer la entrada a partir de las tres de la tarde, ¿no? — interrumpió para dar aire al monólogo. Miguel afirmó.

—Después de comer nosotros nos fuimos a visitar...—miró para Lucía. Esta ya se encontraba más tranquila.

—El museo nacional de arte antiguo...pero yo te dije que lo dejáramos para mañana, que nos quedáramos en el hotel, pero tú...

—Lucía —le paró los pies— ninguno de vosotros dos tiene la culpa de este horrible suceso. Miguel no sabía que iba a pasar al igual que tú tampoco. —Ella

bajó la cabeza y asintió en silencio. —Continuad, qué pasó después —Miguel tardó unos segundos en reaccionar.

—Nos encontramos a los tres en la barra del bar. Estaban riendo, nos lo presentaron. Era aficionado al fútbol y empecé una conversación sobre...bueno...el caso es que nuestros amigos empezaron a tontear entre ellos, algo normal en una pareja. Yo vi que les miraba de reajo, pero no como...no sé...parecía curiosidad sin más. —Lucía suspiró y le soltó la mano para cruzarse de brazos cabizbaja. Carla anotó, disimuladamente, el gesto en el tablet.

—¿Estás bien? —preguntó dirigiéndose a Miguel. La miró y empezó a negar con la cabeza mientras retrocedía dos pasos.

—No, joder, no estoy bien. —Sus lágrimas brotaron sin control.— No sé nada más, ¿vale? Subimos a las habitaciones y nos los encontramos en el suelo...joder, joder...no puedo...lo siento.—Decía con la voz rota mientras lanzaba miradas furtivas hacia Lucía.

—Tranquilos, ya está, muchas gracias, mi compañero Takeo os acompañará hasta un piso que tenemos habilitado. Él os contará los detalles. Ahora descansad —volvió a sonreír—. Habéis sido de mucha ayuda, muchísimas gracias a los dos.

Mientras Takeo les acompañaba hasta el coche patrulla Carla se acercó al comisario. Estaba hablando por teléfono y levantó el dedo índice para pedirle un momento.

—Sí...sí, parece que es el tercero en lo que llevamos de semana...los de la científica están con ello ahora...vale...sí, hasta luego. —Colgó y desactivó el implante coclear—. Dime Carla, que has sacado.

—Mismo modus operandi. Encuentro casual y asesinato el mismo día —decía mientras se rascaba la nuca—. ¿Hablasteis ya con el personal del hotel?

—Sí, no hay copias de las holotarjetas, ni la cerradura está pirateada. Entró sin utilizar la fuerza...joder...putos fanáticos, estoy hasta los cojones...mira —dijo mientras le enviaba una fotografía. Carla abrió el archivo. La imagen ahora ocupaba todo su campo de visión. El texto estaba escrito con sangre que caía por la pared dándole un aspecto aún más tétrico si cabe.

“Por eso Dios los abandonó a pasiones vergonzosas. Incluso sus mujeres han cambiado las relaciones naturales... Hombres con hombres comenten actos vergonzosos y sufren en su propio cuerpo el castigo de su perversión.”

—Al hijo de puta todavía le dio tiempo a escribir la parrafada antes de pegarse un tiro. —Sacó un cigarrillo de un paquete de cartón.

—¿Aun sigues fumando esa mierda? Pensé que lo habían prohibido. —Él sonrió con la cabeza ladeada hacia la derecha y lo encendió.